

militarismo, y la disminucion del régimen político de violencia, resultado natural del desarrollo del tipo industrial, está unido á la disminucion de la violencia doméstica, resultado del desarrollo simultáneo de la monogamia.

Se invocará probablemente la historia de los pueblos europeos como testimonio contra las ideas que sostengo; se dirá que estos pueblos desde los tiempos de los Griegos y Romanos hasta nuestros días han sido monógamos, aunque militantes. Podemos no obstante replicar, que si las antiguas sociedades europeas estaban en guerra con frecuencia, una gran parte de la poblacion continuaba ocupada en otros trabajos; tenían sistemas industriales caracterizados por la division del trabajo y por relaciones comerciales. Además, es necesario recordar que en la Europa septentrional, durante y despues de la época romana, cuando el estado de guerra era constante, la monogamia no era universal. Tácito reconoce casos de poliginia entre los jefes germanos. Vimos ya que los reyes merovingios eran tambien poligénicos. Los mismos tiempos carlovingios nos ofrecen hechos tales como el siguiente:

«La confianza de Coman II se sostuvo por el número increíble de hombres de armas suministrados por su reino; porque importa saber que no solo este reino es muy extenso, sino que cada guerrero engendra otros cincuenta, pues no estando contenidos por las leyes de la decencia ni por las de la religion, cada uno de ellos tiene diez mujeres y hasta más.» (*Ermold. Nigellus III, ap. Ser. R. Fr., VI, 52*).

En fin, segun Kænigswarter, «el concubinato legal subsistió tanto en las costumbres del pueblo de Tolosa, que se hallan huellas de él hasta el siglo décimo tercero.»

Así, si se tienen en cuenta los numerosos factores que concurrieron á modificar las instituciones matrimoniales, y si se considera que ciertas sociedades, que se hacen relativamente pacíficas, conservaron largo tiempo una gran parte de la estructura adquirida en una época anterior, cuando el sistema militante impulsaba, mientras que en otras sociedades cuya estructura industrial se habia desarrollado, el sistema militante recobró la superioridad y produjo un estado en que se mezclan los caracteres; yo creo que las relaciones cuya existencia hemos afirmado, están establecidas tan claramente como es posible esperarlas. Es incontestable que el progreso que va del tipo primitivo depredador hasta el tipo industrial más elevado, se ha realizado en concurrencia con el progreso que va del estado en que la poliginia predomina, á aquel en que reina exclusi-

vamente la monogamia; en fin, lo que prueba que la ruina del sistema militante y el ascendiente del industrialismo fueron la causa esencial de este cambio del tipo familiar, es que se realizó en lugares donde otras causas presumibles, tales como la cultura intelectual, las creencias religiosas, etc., no desempeñaron ningun papel.

Despues de haber considerado hasta aquí las relaciones domésticas bajo el punto de vista de la vida privada, vamos á considerarlas bajo el de la vida pública; porque de la estructura de la familia considerada como elemento constitutivo de la sociedad, dependen diferentes fenómenos sociales.

Los numerosos hechos que hemos reunido en los precedentes capítulos, nos muestran que para tener un concepto claro de los tipos superiores de la familia en sus relaciones con los tipos superiores de la sociedad, conviene estudiar antes los tipos familiares inferiores en sus relaciones con los tipos sociales inferiores. En este caso, como en todos los demás, el error proviene de que razonamos segun los productos complejos de la evolucion y de que olvidamos los productos simples de que derivan. De ello hemos ya visto un ejemplo en la manera como se interpretan las religiones primitivas por la escuela actual de los mitólogos. Acostumbrados á la idea de que la civilizacion favorece la evolucion, cuando han examinado las que reinaron entre los antepasados de las razas civilizadas, se han servido de lo más complejo para interpretar lo ménos complejo, y cuando se han visto obligados á reconocer el completo desacuerdo entre las ideas religiosas que ellos admitian como primitivas, segun sus razonamientos, y las que se hallan entre los salvajes de nuestra época, han admitido una diferencia fundamental entre la manera de funcionar del espíritu de las razas superiores y el de las inferiores; y por no hallarse en contradiccion con sus hipótesis, han llegado hasta á clasificar entre estas últimas ciertas razas antiguas á las cuales el mundo moderno es deudor de los progresos realizados. Aunque los Aryanos y los Semitas deben su civilizacion á la enseñanza á las pretendidas razas Turanianas, — aunque los Accadianos hayan tenido grandes ciudades, leyes, industrias desarrolladas, artes que exigian el empleo de cuatro metales y una escritura llegada ya á la fase fonética, en una época en que los Semitas todavía no eran más que hordas nómadas; — aunque los Egipcios hayan vivido durante miles de años en estado de nacion sábiamente organizada, acercándose á las naciones modernas por un gran número de sus instituciones y levantando monumentos que todavía excitan la admiracion de los hombres, en una época en que los Aryanos vagaban con sus ganados en grupos disemi-

nados en la región del Hindo-Kusch; á pesar de todo eso se coloca generosamente á estos pueblos al lado de los bárbaros ménos avanzados, y se afirma que eran radicalmente inferiores por su inteligencia, porque presentan ideas religiosas desarrolladas segun un génesis incompatible con el que los mitólogos están obligados por su método á atribuir á las ideas religiosas de las razas superiores.

Todos los que acepten las conclusiones anunciadas en la primera parte de esta obra, verán por este ejemplo á cuántas interpretaciones falsas nos exponemos empleando el método analítico que va de arriba á abajo, en vez de emplear el sintético que va de abajo á arriba. Verán que para hallar explicaciones es necesario descender más abajo de la fase en que los hombres aprendieron á domesticar los animales y cultivar la tierra.

Hago estas observaciones como introducción á una crítica de las doctrinas de sir Henry Maine. Aun apreciando sus obras y aceptando como verdaderas dentro de ciertos límites, sus ideas sobre la familia en su forma desarrollada y sobre el papel que ésta desempeñó en la evolución de los pueblos europeos, no podemos admitir sus opiniones relativas á los estados sociales primitivos y desechamos los conceptos que de ellas resultan.

Sir Henry Maine condena como un manantial de errores «el desden con que un pueblo civilizado mira á sus vecinos bárbaros... A consecuencia de este desden se ha olvidado observarles.» Pero él mismo tampoco se ha sustraído enteramente á los efectos de este sentimiento. Aun utilizando las atestiguaciones proporcionadas por los pueblos bárbaros correspondientes á los tipos superiores, y aun citando los testimonios confirmatorios proporcionados por ciertos pueblos bárbaros correspondientes á los tipos inferiores, ha desdeñado en realidad la gran masa de las razas civilizadas, y pasado en silencio la larga lista de los hechos contrarios á su hipótesis que éstos nos ofrecen. Ciertas críticas le han llevado á modificar las generalizaciones prematuras que se hallan en su obra titulada *Ancient Law*, y en el prólogo de las últimas ediciones, remite á su obra posterior las *Village Communities*, en la que consigna ciertas restricciones; pero estas restricciones son harto poco importantes y en gran parte hipotéticas. Trata ligeramente los hechos contrarios recogidos por Mr. McLennan y por sir John Lubbock, bajo el pretexto de que los que le parecen más dignos de fé los proporcionan las tribus montaraces de la India; que, segun él, han adoptado ciertas costumbres anormales bajo la influencia de las razas invasoras. En su obra titulada *Early Institutions* nos dice, es verdad, que «todas las ra-

mas de la sociedad humana pueden ó no salir de un grupo de familias nacido de una sola célula patriarcal primitiva;» pero esta manera de hablar indica claramente que él mismo no quiere admitir que en muchos casos se hayan aquellas desarrollado de esta manera. Tiene razón en condenar á ciertos escritores precedentes por haber restringido demasiado el campo de la inducción. Pero tampoco él lo ha dilatado mucho, y como consecuencia, procede observarse en su propia obra, que también coloca la hipótesis en lugar de la observación de los hechos:

«Los rudimentos del estado social, dice á propósito de los hechos de los cuales puede partirse para establecer generalizaciones, estos rudimentos, en lo que podemos conocerles, nos lo son por tres clases de testimonios. Las reseñas proporcionadas por los observadores contemporáneos sobre civilizaciones ménos avanzadas que la suya, las tradiciones que ciertas razas han conservado referentes á su historia primitiva, y en fin, la ley antigua.»

Y puesto que para dar un ejemplo «de las reseñas proporcionadas por observadores contemporáneos sobre las civilizaciones ménos avanzadas que la suya,» cita las de Tácito sobre los Germanos, y no menciona los relatos de los viajeros modernos sobre las razas no civilizadas, prueba que no cuenta evidentemente en el número de los *testimonios* las comprobaciones hechas por estos últimos (1). Quiero aquí probar con ejemplos como esta restricción conduce á sustituir la hipótesis á la observación.

Partiendo de la hipótesis de que el estado patriarcal es el estado primordial, sir Henry Maine dice que «la obediencia ciega de los hombres no civilizados á sus padres, es ciertamente un hecho primitivo.» No hay duda que es posible que entre las razas inferiores, los hijos, mientras son jóvenes, se muestran sumisos, porque son incapaces de resistir, pero no puede afirmarse como un hecho constante, y por consiguiente primitivo, que continúen sumisos cuando llegan á hombres. Recordemos uno de nuestros anteriores párrafos y veremos

(1) En la página 17 de las *Village Communities* desautoriza con deliberado propósito esta clase de testimonio; le llama «el testimonio incierto concerniente á los salvajes, recogido en los relatos de los viajeros.» No ignoro que á los ojos de la generalidad, su antigüedad da al testimonio un carácter sagrado; que merced á ella, las reseñas que eran «relatos de viajeros,» en la época romana en que fueron escritos, gozan de mayor autoridad que los relatos análogos escritos por viajeros modernos ó vivientes. Por mi parte no veo por qué he de conceder mayor confianza á las reseñas de segunda mano de Tácito que á las de primera mano proporcionadas por exploradores modernos de los que un gran número recibieron una educación científica, tales como Barrow, Barth, Salton, Burton, Livingstone, Seeman, Darwin, Wallace, Humboldt, Burckhardt y otros, harto numerosos para nombrarles.

que la obediencia no es propia de todos los tipos humanos inferiores. Se nos cuenta que el mantra «vive como si estuviera solo en el mundo,» que el caribe «no consiente la menor cortapisa á su independencia,» que el mapuche «es rebelde á todo mando,» que el indio del Brasil empieza á manifestar «su resistencia á toda violencia en la edad de la pubertad;» de estos hechos es imposible deducir que la sumision filial sea un carácter original. Los Gallineros «tratan con desprecio á los viejos así los hombres como las mujeres,» los Cocones y los Araucanos «no castigan á los niños por no sofocar su ardimiento;» no podemos, pues, suponer que la sumision de los hijos adultos sea el carácter de todos los tipos humanos. Sabemos por Bancroft que los Navajos «nacidos y educados en la idea de una libertad personal ilimitada, no consienten ninguna violencia,» y entre ellos el padre es dueño absoluto de sus hijos hasta la edad de la pubertad; se nos relata que entre algunos pueblos de California, los hijos, despues de la pubertad, «solo deben obediencia á sus jefes;» en la baja California «así que los hijos son capaces de proveer á su sustento, se les abandona á sí mismos;» en fin, entre los Comanches, los hijos varones «hasta tienen el privilegio de rebelarse contra sus padres, y éstos carecen del derecho de castigarles sin el consentimiento de la tribu.» Estos hechos nos muestran que entre algunas razas, las relaciones entre los padres y los hijos no duran muy largo tiempo. Los miembros ménos civilizados de la misma raza que sobre todas nos ha hecho conocer el gobierno patriarcal, nos ofrecen hechos análogos. «El jóven beduino, dice Burckhardt, muestra á su padre alguna diferencia, mientras vive bajo su tienda; pero desde el instante que puede conseguir una tienda para sí, no oye ningun consejo ni obedece á otra autoridad humana, sino que sigue las inspiraciones de su propia autoridad.» Los hechos no nos permiten suponer que la obediencia filial sea innata, ni que el tipo patriarcal sea su natural consecuencia, sino que más bien indican que esta obediencia y este tipo se desarrollaron simultáneamente en medio de las condiciones que le eran favorables.

En otro punto, sir Henry Maine recuerda que la comunidad de origen fué primitivamente la única base de la acción social combinada, y añade:

«Podemos á lo ménos estar seguros de que todas las sociedades antiguas se consideraban nacidas del mismo tronco, y hasta eran incapaces de explicar por otra razón la conservación de su unión política. La historia de las ideas políticas halla en realidad en su principio la hipótesis de que los lazos de la sangre son la única causa posible de la cooperación política.»

Si por «sociedades antiguas» se entiende las únicas sobre las cuales poseemos algunas noticias históricas, y si «la historia de las ideas políticas» debe tan solo comprender las ideas de estas sociedades, no impugnaremos la proposición de sir Henry Maine; pero si hemos de tener en cuenta otras sociedades más arcaicas y considerar, no tan solo las ideas políticas de los Semitas y Arianos, sino también las de otros pueblos, esta proposición se hace insostenible. Hemos probado que la cooperación política toma origen en los conflictos entre diferentes grupos sociales. Si se establece más fácilmente allí «donde el pueblo está formado por una aglomeración de personas unidas por el carácter constituido por descender todas del antepasado de una familia primitiva;» con todo, en muchos casos la hallamos donde no existe entre los individuos ninguna relación de este género. Los miembros de una tribu australiana que se reúnen bajo un jefe temporal para hacer la guerra á otra tribu, no descenden de antepasados comunes; no tienen entre sí ningun lazo de parentesco. Se objetará tal vez que en esta circunstancia casi no puede hablarse de relaciones políticas; pero fijémonos en los Criks, pueblo de la América del Norte; los hombres tienen allí diferentes *totems* que indican antepasados diferentes, y los veinte mil habitantes de sus setenta aldeas han organizado no obstante entre sí un gobierno muy complejo. O mejor aun; fijémonos en los Iroqueses cuyas tribus están igualmente formadas por la unión de clans de diferentes troncos mezclados en confusión; á fuerza de unirse para combatir al enemigo, han acabado por constituir una liga de cinco y más tarde de seis naciones bajo un gobierno republicano. A la verdad, este sistema de parentesco crea algunas veces entre los parientes un antagonismo político; entre los Kutchins, dice Bancroft, «nunca podría haber una guerra entre tribus sin que padres é hijos formaran en campos opuestos.» Abstracción hecha de los resultados que produce la mezcla de los clans, la inestabilidad que, como hemos visto, caracterizaba las primitivas relaciones de los sexos, nos impide admitir que la cooperación política proceda en todas partes de la cooperación familiar. Citaremos como ejemplo á los Criks. Segun Schoolcraft, «un gran número de hombres ancianos y maduros, al cambiar con frecuencia de tribu, cambian con frecuencia de mujeres, y sus hijos, diseminados por la comarca, les son desconocidos.»

Despues de haber expuesto las razones que nos inducen á creer que la teoría de sir Henry Maine, relativa á la familia, no es aplicable á todas las sociedades; examinémosla con más atención.

Supone que en las primeras fases, las relaciones matrimoniales eran defi-